

# LOS EFECTOS DE LA SEQUIA O LAS LIMITACIONES DE LA ECONOMIA ESPAÑOLA

Es bien conocido que la economía española se ha caracterizado durante muchos años por una muy fuerte y estrecha dependencia, dado su escaso desarrollo, de diversos factores y condicionamientos naturales. De ahí que la evolución de las cosechas —ligadas fundamentalmente a las variables climatológicas— se haya podido considerar, durante mucho tiempo, como uno de los determinantes del equilibrio del sistema económico en su conjunto. Una mala cosecha —sin rogativas a tiempo— se traducía de inmediato en una baja sensible —en las zonas del interior— de las ventas de diversos productos industriales y manufacturados elaborados en los limitados núcleos periféricos industriales. De ahí, también, la tenaz lucha y resistencia contra esa dependencia: unos, con el único medio que el atraso técnico les dejaba a su alcance la piadosa rogativa; otros, buenos conocedores de sus intereses, difundiendo la aplicación de los abonos nitrogenados y la utilización de la nueva maquinaria agrícola entre los campesinos del interior; unos y otros, en definitiva, acudiendo finalmente al expediente más seguro: el proteccionismo estatal en cualquiera de sus innumerables variantes y facetas.

Pero todo esto ya es historia... Los cambios que se han producido en los últimos años inducían a centrar los estudios sobre la economía española en otro tipo de problemas... Pues bien, sin desconocer en absoluto que las bases del equilibrio de la economía española se han modificado sustancialmente, como consecuencia de la incidencia de condiciones y circunstancias nuevas, hoy, ante la situación planteada por las condiciones climatológicas de las últimas semanas, se puede afirmar que esa dependencia sigue siendo todavía importante.

Los hechos no pueden ser más elocuentes. En pocos días se han puesto en funcionamiento los más variados resortes y mecanismos pidiendo ayuda y protección para el agricultor y ganadero frente a la implacable naturaleza. De nuevo, recogiendo una vieja tradición, que algunos podrían considerar ya extinguida, el obispo prior de las Ordenes Militares de Ciudad Real ha hecho pública una carta a los sacerdotes y fieles «en relación con la sequía que agosta los campos e

imposibilita la realización de las faenas de siembra», anunciando «que se rezarán oraciones por la lluvia en todas las Misas, autorizando igualmente, para que si la sequía se prolonga, se puedan realizar procesiones rogativas con las imágenes de mayor devoción de cada localidad» («Informaciones», 4 de noviembre). En el mismo sentido, el director general de Agricultura, don Jaime Nosti, no ha dudado en decir que «estamos en la mano de Dios respecto a los cultivos» («Madrid», 5 de noviembre. Logos).

La situación, en verdad, presenta una indudable gravedad. La mayor parte de las provincias interiores y toda la franja meridional del país se han visto seriamente afectadas: se han perdido los pastos de otoño, la sementera no ha podido realizarse a tiempo, se sacrifican cabezas de ganado en condiciones desfavorables

de mercado; en general, ha sido la ganadería el subsector agrícola más afectado, aunque todos los cultivos, salvo los del algodón, patata de secano, maíz y remolacha tardíos han sufrido también, con mayor o menor intensidad, las consecuencias de la «pertinaz sequía». Sólo en el capítulo de cereales se calculan las pérdidas, inicialmente, en 7.500 millones de pesetas. En Andalucía Occidental los daños a la agricultura y ganadería, conjuntamente, pueden estimarse en más de 3.000 millones de pesetas. Las oscilaciones de precios en algunos productos han sido, ciertamente, importantes... Pero éstos sólo son los efectos más inmediatos. A ellos habrá que sumar, en los próximos meses, otras repercusiones de mucha mayor trascendencia: la quiebra de muchos pequeños empresarios agrícolas y ganaderos; la disminución del capital ganadero; la intensificación del éxodo rural; el incremento del paro agrícola; la disminución de inversiones privadas en mejoras, la reducción de la capacidad de compra en amplios sectores de la población; las alzas de precios en algunos productos; y, quién sabe, si también la elevación de los niveles de protección de los precios de algunos productos tradicionales —trigo, vid, olivo—, como ya se ha demandado en los

últimos días por algunos grupos de interés muy caracterizados, elevación que, de producirse, no dejaría de tener efectos para la economía española, tan nocivos, al menos, como los de la propia sequía.

Diversas medidas de urgencia (créditos, subvenciones, facilidades de pago en la obtención de abonos, etcétera, etcétera) se están poniendo en práctica, medidas que no tratan sino de paliar algunas de las consecuencias más inmediatas de una situación provocada por las condiciones climatológicas y la falta de previsión, a todos los niveles, de la política agraria. Ahora bien, ante los hechos consumados cabe hacerse toda una serie de preguntas, a algunas de las cuales no resulta difícil contestar: ¿Acaso el grado de mecanización y modernización de las explotaciones agrícolas y ganaderas no tiene una influencia decisiva en la agravación o atenuación de las consecuencias de una desfavorable climatología? ¿No se le reserva temerariamente a la Providencia un papel demasiado importante en la economía española? ¿No hubiesen sido sustancialmente paliados los efectos de la situación actual con una ganadería establecida y organizada de acuerdo con criterios y técnicas modernas suficientemente experimentadas en otros países? ¿Qué decir de la insuficiencia, notoria en estas circunstancias, de una política de regadíos, a la que se han sacrificado cualesquiera otros objetivos de reforma agraria?...

Sin embargo, para algunos posiblemente no todos los aludidos efectos resultarán negativos. Al fin y al cabo, para aquellos que vienen predicando el perfeccionamiento y racionalización «espontánea» de las estructuras agrarias —y son muchos más de los que abiertamente lo confiesan— la sequía —factor no menos espontáneo— ayudará a despejar el panorama: el cierre de pequeñas explotaciones marginales, el éxodo de población rural, así como la disminución esperada de las próximas cosechas de cereales, etc., etc., contribuirán, sin duda, a la modificación de unas estructuras, tan sólo confiada, en las últimas décadas, a la incidencia de los cambios que se han producido en la demanda de productos alimenticios o en el mercado de trabajo.

En fin, de una u otra forma, han vuelto durante estos meses a resonar sombríamente en muchas zonas del país algunos versos de Machado, quizá prematuramente olvidados:

«Un poco labrador, del cielo  
[aguarda  
y al cielo teme; alguna vez  
[suspira  
pensando en su olivar, y al cielo  
[mira  
con ojo inquieto, si la lluvia  
[tarda».

■ ARTURO LOPEZ MUÑOZ.

